

El clamor y el consuelo



¡Queridos!

También este año tan especial y dramático para el mundo, para la Iglesia y para nuestras comunidades, llega al tiempo de Adviento y de Navidad que renueva en nosotros el deseo de que el Señor Jesús sea para todos el Emmanuel, el Dios-con-nosotros que funda nuestra esperanza y trae el consuelo de su presencia. Por lo tanto, me parece útil meditar con vosotros sobre la presencia de Cristo que consuela todos los corazones.

“No llores”

“Poco tiempo después iba camino de una ciudad llamada Naín, y caminaban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: «No llores.»” (Lc 7,11-13)

Siempre me impresiona la forma en que Jesús expresa su compasión hacia esta mujer. Me sorprende que diga inmediatamente “¡No llores!”, sin preámbulos, sin centrarse en el sufrimiento de esta mujer, en la tragedia que la ha sacudido. No entra en diálogo con ella, no le pregunta nada. Ve sólo la realidad de una mujer sola llevando a un jovencito a su tumba. Tal vez nadie ha informado a Jesús de la situación familiar de esta mujer. Jesús ve que ella va sola, sin marido u otros hijos a su lado para consolarla. Está sola con su inmenso dolor. Jesús ve esta realidad. No necesita ver nada más, a pesar de que sepa leer los corazones, y mirar el pasado y el futuro de cada persona que encuentra. Pero le basta este presente de dolor para abrazar a esta persona con su gran compasión. La compasión es verdadera si se adhiere a un dolor presente, a un corazón que llora ahora, que tal vez se desespera ahora. Jesús no tiene compasión por una historia dolorosa, sino por un corazón que sufre ahora, aunque en ese corazón esté inscrita toda una historia de dolor, de soledad, de esperanzas defraudadas, como la última esperanza que esta mujer pudo poner en su hijo único después de la muerte de su marido. Para Jesús, la realidad de un corazón que sufre ante Él en este momento es suficiente. Así es como Cristo eternamente tiene compasión por el mundo entero, porque en cada instante ve el sufrimiento presente de cada corazón. La compasión es la adhesión del corazón a la pasión del corazón del otro.

Pero la compasión no es suficiente. El corazón que sufre necesita **consuelo**. En la compasión uno sufre con el otro, pero esto podría reducirse a un sentimiento que últimamente deja al otro solo con su dolor. El consuelo es una relación; es, etimológicamente, un “estar con el que está solo”, es una compañía. “Yo estoy contigo que sufres”: eso es lo que expresa el consuelo.

Ahora, Jesús, antes del milagro, expresa su consuelo a la viuda de Nain en una palabra aparentemente abrupta y fría, que parece casi una orden, un atajo con el dolor de la mujer: “¡No llores!”. Ciertamente lo dijo suavemente, quizás con lágrimas en los ojos, como cuando lloró sobre Jerusalén (Lc 19,41) o ante la tumba de Lázaro (Jn 11,35). Pero esta palabra tan directa, expresada con autoridad (de hecho, Lucas aquí no escribe “Jesús”, sino “el Señor”), nos recuerda algo esencial: sólo Jesucristo puede decir una palabra así, sólo Cristo puede expresar así la compasión y el consuelo.

Dos horas de llanto

Hace un mes, volvía en tren desde Alemania. Un largo viaje de 12 horas. Entre Frankfurt y Friburgo de Brisgovia, cuando me senté en mi asiento, oí a alguien gimiendo de forma extraña detrás de mí. De repente me di cuenta de que era un joven que lloraba, a veces muy fuerte, tanto que en el vagón todos estaban desconcertados. A su lado, sentí que una joven, que también estaba a su lado por casualidad, intentaba consolarle muy suavemente, haciéndole preguntas sobre el motivo de su dolor. Entendí que este joven iba urgentemente a su casa donde su hermano había muerto, o al menos estaba en una condición desesperada. No pude ponerme a su lado para consolarlo directamente, fundamentalmente porque la joven mujer lo hacía muy bien. Quería hacerlo, y casi me sentía obligado a hacerlo, pero aparte de un rápido contacto en el que nos dimos la mano y nos miramos a los ojos a través del hueco entre los dos asientos, la situación no lo permitía. Entonces comprendí que se me pedía otra cosa: la oración, una oración insistente e impotente, que sólo podía contar con la ternura del Padre, la compasión del Hijo y el consuelo del Paráclito.

Durante dos horas el llanto de este hombre y mi pobre oración viajaron juntos, en un vínculo mucho más estrecho que si hubiera podido abrazarlo, consolarlo con gestos y palabras. No podía hacer nada más, no podía ocuparme de nada más sino de esto. Su dolor era como puesto en mis manos y yo lo ponía ante el Señor.

En esas dos horas comprendí lo que es la oración, y en particular la vocación monástica, como no la había comprendido aún en 61 años de vida y 36 años de monasterio. Se nos da y se nos pide que consolemos al mundo con el consuelo que sólo Dios puede darnos, que sólo Dios puede ofrecernos. En ese tren, me encontraba en un lugar donde cada intención de consolar que sentía en mí era mortificada, se hacía impotente. Pero al mismo tiempo era como si yo fuera responsable de pasar a ese corazón roto el consuelo de Cristo. Por supuesto, Jesús nos llama a expresar también en gestos y palabras su consuelo al mundo. Pero nos recuerda que sólo Él sabe y puede consolar al corazón del hombre, Él que ha formado el corazón humano y conoce todas sus alegrías y todos sus dolores. Incluso cuando se nos pide y podemos expresarnos con gestos y palabras, nuestro consuelo tiene sentido y efecto sólo si transmite la compasión de Cristo.

San Pablo lo expresa bien al escribir a los Corintios: “¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación nuestra hasta el punto de poder consolar nosotros a los demás en cualquier lucha, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios!” (2Cor 1,3-4)

El consuelo de la humanidad – ¡y cuánto consuelo necesita el mundo en este año de pandemia y muchas otras pruebas! – llega por *transmisión*, la transmisión de una experiencia de consuelo que se nos da y se nos pide de hacer primero, para que podamos darla a todos.

No recuerdo qué padre escribió que la oración de los monjes, especialmente en las vigiliias nocturnas, es como el levantarse de la cama de una madre que oye a su niño llorar en la noche y va a consolarlo. Quizás sea sobre todo esto lo que estamos llamados a recuperar para una profunda renovación de nuestra vocación cristiana y monástica. Ante las lágrimas del mundo, Jesús nos llama a convertirnos en humildes y ciertos ministros del “¡No llores!”, que sólo Él puede decir a quien sufre, a quien está solo, a quien lo ha perdido todo, incluso la esperanza.

Ante cualquier dolor, se nos pide que ofrezcamos una compañía real, una amistad real, pero que conlleve el aliento de la fe que sabe que sólo Jesús puede alcanzar a los corazones rotos y consolarlos. Este aliento es la oración, la súplica explícita del consuelo de Cristo, la súplica del Espíritu Paráclito, a quien en la secuencia de Pentecostés invocamos como “Padre de los pobres” y “óptimo Consolador”.

Ese día en el tren pensé de nuevo en una frase de Isaac el Sirio que me acompaña durante años: “En el trabajo de la oración y en la atención de tu corazón, únete a los corazones afligidos, y se abrirá ante lo que pides una fuente de compasión” (*Discursos ascéticos*, 30).

La verdadera renovación

A partir de esta experiencia en el tren entre Frankfurt y Friburgo de Brisgovia, mi forma de rezar se ha renovado. Todas las oraciones litúrgicas, todos los salmos, han empezado a tener una resonancia diferente, y un horizonte diferente. La oración cristiana siempre nos hace clamar a Dios para obtener lo que sólo Él puede y quiere darnos. El hombre, pida lo que pida, al final siempre pide el consuelo de Dios. Pide siempre que Dios esté cerca de él, que no lo abandone, que esté junto a él en el camino de la vida, que esté con él en la prueba, en cada “valle oscuro”, en cada “sombra de muerte” que deba atravesar y en la que se sienta solo (cf. Sal 22,4).

Esta conciencia, que es una posición ante Dios, es el secreto de toda renovación. Quien se enfrenta con fe a la prueba actual de la humanidad se da cuenta de que no tiene sentido esperar nada nuevo que no esté ligado al consuelo que Dios ofrece al mundo en Cristo muerto y resucitado, en Cristo presente entre nosotros y que camina junto a nosotros. La Iglesia, a pesar de todas sus pobrezaas humanas, es el sacramento de esta consolación, y no es fiel a su misión sino en la medida en que reza y obra para transmitir a la humanidad el consuelo de Dios en Cristo. Sólo así puede renovarse el mundo, empezando por nosotros mismos, por nuestras comunidades.

Nunca había prestado atención al hecho de que en el Apocalipsis, Jesús dice: “Mira, hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5), inmediatamente después de la descripción de la nueva Jerusalén en la que se enjugan las lágrimas y se consuela todo el dolor con la presencia y la compañía de Dios:

“He aquí la morada de Dios entre los hombres,
y morará entre ellos,
y ellos serán su pueblo,
y el “Dios con ellos” será su Dios”.
Y enjugará toda lágrima de sus ojos,
y ya no habrá muerte,
ni duelo, ni llanto ni dolor,
porque lo primero ha desaparecido.
Y dijo el que está sentado en el trono:
“Mira, hago nuevas todas las cosas”. (Ap 21,3-5a)

Es en la consolación que Cristo renueva todas las cosas. Lo hará totalmente al final de los tiempos, pero esta renovación escatológica comienza aquí y ahora, cada vez que se enjugan las lágrimas del dolor humano. Cada oración que pide el consuelo del Señor y cada gesto y palabra que lo transmite en todas las situaciones en las que el dolor humano surge ante nosotros, anticipan y aceleran la renovación total del mundo en Cristo.

Identificados con Jesucristo

San Gregorio Nacianceno, comentando el versículo del Salmo 8: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?” (8,5), pregunta: “¿Qué nuevo y gran misterio rodea mi existencia? ¿Por qué soy pequeño y al mismo tiempo grande, humilde pero sublime, mortal e inmortal, terrenal pero al mismo tiempo celestial?”. Y encuentra la respuesta en la encarnación redentora del Hijo de Dios: “Dios asumió plenamente nuestra humanidad y fue pobre para hacer resucitar la carne, salvar su imagen primitiva y así restaurar al hombre para que podamos ser uno con Cristo. Se ha comunicado completamente a nosotros. Todo lo que Él es, se ha convertido en completamente nuestro. En todos los aspectos, nosotros somos Él.” (*Discursos 7,23*)

Esto debe ser el gran asombro ante nosotros mismos y ante todos los hombres: el hecho de que la encarnación, muerte y resurrección de Cristo nos permita decir: “En todos los aspectos, nosotros somos Él”. En cada aspecto de nuestra humanidad, incluso en el más pequeño y frágil, somos Él y Él es nosotros. No podemos entenderlo, es un misterio, pero se nos da para vivirlo, para experimentarlo, y esta experiencia es una nueva vida, una nueva moral, una nueva forma de estar en relación con Dios y con todos. La nueva humanidad de Cristo, esa fascinante humanidad que el Evangelio y las vidas de los santos nos ilustran, es posible para nosotros porque Él nos ha identificado con Él, y es como si sólo faltara nuestra voluntad de adherirnos a Él como la verdad total y plena de nuestra persona. Dios nos da la vida para acoger en nosotros la identificación con Cristo que realiza el cumplimiento de nuestra humanidad. Es un camino, porque nuestra libertad no procede en tirones, sino en pasos. Pero es importante saber que este es el camino, y que el destino y la meta han sido ya

cumplidos, como dice San Gregorio de Nacianzo, en Dios que “asumió plenamente nuestra humanidad”.

Pero si nos atrae nuestro destino de identificación con Cristo, es importante que, con la ayuda de la Iglesia, miremos a cómo Cristo quiso estar presente entre nosotros. La Iglesia nos presenta a Cristo, nos pone en la presencia del Señor, en todos los aspectos de su vida y de la nuestra, para ser atraídos y ayudados a adherirnos a la identificación con él.

Basta pensar en cómo el Papa Francisco nos pide un camino de conversión a la fraternidad universal colocándonos, en la Encíclica *Fratelli tutti*, ante la imagen de Cristo buen Samaritano. Es un icono de humanidad verdadera, de humanidad plena, identificada en todos los aspectos con Cristo que vino a consolar a todos los hombres.

Por esta razón, incluso cuando estamos seriamente faltos de esto, cuando por el pecado nos disociamos de la belleza del modelo que Jesús es para nosotros, – ¡y lo hacemos mil veces al día! –, la verdadera corrección de la Iglesia no consiste en hundirnos en el fango de nuestro mal, en la fealdad de nuestro fallar a Cristo, sino en el poner ante nuestros ojos y corazón la suprema belleza del Señor que es su misericordia, su ternura paternal, totalmente transparente a la bondad del Padre.

“Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas.” (Mt 11,25-29)

Jesús nos atrae a una plenitud de humanidad que es una mansedumbre y humildad de corazón que manifiesta al Padre y transmite todo el bien que el Padre da al mundo, es decir, el propio Hijo y el Espíritu Paráclito.

La oración y la comunión fraternal no son entonces sólo buenas prácticas farisaicas para sentirse bien, sino la adhesión a la nueva humanidad que se nos da en nuestra identificación con Cristo, el Hijo de Dios. La relación con Dios y la relación con nuestro prójimo son las dimensiones esenciales y sustanciales en las que estamos llamados a experimentar que “en todos los aspectos, nosotros somos Él”.

El grito de la petición

A la muerte de Lázaro y ante el dolor de sus hermanas, el consuelo de Cristo se expresó en las dos dimensiones de una profunda oración al Padre y una verdadera compañía a las personas amigas que estaban sufriendo. Para transmitir el consuelo de Cristo, la Iglesia nos educa para vivir una auténtica oración y una verdadera compañía encarnada, como la de Jesús. La consolación se transmite como la daba Jesús durante su misión terrenal: con una presencia real ante la gente, pero una presencia habitada por una súplica total al Padre. En Él, estas dos presencias, ante el Padre y ante los demás, nunca se disociaban, porque constituían la unidad relacional de su persona.

Jesús no disociaba la comunión con Dios de la comunión con el prójimo. Eran en Él la expresión de un solo corazón, de un solo amor. También la Iglesia está siempre llamada

a no disociar el compromiso de la oración del compromiso de la cercanía fraterna, y a educarnos para vivir esta unidad que nos permite adherirnos a Cristo, asemejarnos a Él, identificarnos con Él.

Recientemente me di cuenta de lo superficial y distraído como recito la oración del Padrenuestro. Lo rezamos muchas veces al día, porque es la oración que Jesús nos enseñó, el concentrado de toda la oración cristiana, de toda la oración bíblica.

Entendí además que la distracción de rezar el Padrenuestro no está tanto en no pensar en lo que digo, sino en no *pedir* lo que digo. La distracción, la superficialidad en la oración, no es una cuestión de conceptos y palabras en las que uno piensa, ni es una falta de sentimientos de fervor, sino que está allí donde las palabras de la oración no son un grito de petición, no suplican, no mendigan. Así que empecé a rezar el Padrenuestro acentuando los verbos de petición que esta oración nos hace decir:

“Padre nuestro que estás en el cielo, **santificado** sea tu nombre, **venga** a nosotros tu reino, **hágase** tu voluntad en la tierra como en el cielo. **Danos** hoy nuestro pan de cada día, **perdona** nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, y **no nos dejes caer** en la tentación, y **líbranos** del mal”.

E inmediatamente, fue como si el Padrenuestro volviera a ser oración, mi oración y la oración de toda la humanidad necesitada de Dios, del Padre. Lo que realmente hace que lo que decimos sea nuestro es esencialmente la petición, el grito que pide, que suplica. Porque es como unir la palabra que decimos al abismo de nuestra verdadera necesidad, que puede ser una herida, un dolor, una carencia, pero también el bien que queremos para los que amamos. Este abismo, sin embargo, es siempre el de nuestro corazón que se expresa y se expande en la oración. Cuanto más la oración expresa una necesidad aguda y grande, capaz de extenderse a toda la humanidad, menos superficial y distraída es. La necesidad que nos hace gritar nunca es superficial. Nuestro corazón y el corazón del mundo nunca son superficiales. Lo superficial es no rezar desde este abismo. La oración se hace profunda si el grito que expresa resuena desde las profundidades de una necesidad que nos hace sentir abandonados si Otro no responde. Por esta razón, la profunda y verdadera oración humana es siempre la expresión de una necesidad de consuelo, de ese consuelo que sólo un “Dios-con-nosotros” puede darnos.

Incluso los Salmos, ¡cuán profundos se vuelven cuando enfatizamos la petición! Los Salmos son una escuela de oración porque nos enseñan a pedir de verdad, a clamar de verdad a Dios. “¡Desde lo hondo a ti grito, Señor!” (Sal 129,1). También Jesús, cuando cita un salmo en el Evangelio, lo hace gritando: “A la hora nona, Jesús gritó con voz potente: (...) «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»” (Mt 27,46)

Clama expresando un abandono, clama para pedir la presencia del Padre, el consuelo del Padre a su soledad abismal como “hombre de dolores” cargado con el pecado de toda la humanidad.

La libertad de pedir

Los Salmos, como toda la oración de la Iglesia, nos educan para entender que el grito activa nuestra libertad. El hombre puede haber perdido todas sus libertades, pero

nunca pierde la del clamor, y cuando el clamor se eleva, la libertad surge de nuevo, aunque sea impotente.

No tenemos la libertad como el poder de tener y hacerlo todo, pero siempre tenemos la libertad de pedirlo todo, la libertad que reconoce que Dios lo puede todo, que del Padre podemos obtenerlo todo, incluso la gracia después del pecado, incluso la comunión después de la división, incluso la vida después de la muerte.

San Benito era muy consciente del vínculo entre oración y libertad. Cuando habla del oratorio del monasterio, da a cada monje, que ha hecho voto de obediencia total y de no hacer absolutamente nada sin el permiso del abad, la libertad de poder entrar siempre en la iglesia para rezar: "*simpliciter intret et oret* – que simplemente entre y ore" (RB 52,4). A nadie se le puede negar la libertad fundamental de pedir simplemente todo a Dios. Porque es una libertad que Dios le da al hombre cuando crea su libertad a imagen de la Suya, en diálogo con la Suya. Frente a la oración de simple súplica está el espacio infinito de la libertad de Dios que crea al hombre ante su amor infinito, su paternidad amorosa. El jardín en el que Dios coloca a Adán y Eva es un espacio más espiritual que material, donde el ser humano está en presencia de un Dios paternal y familiar, siempre abierto a la relación con su criatura y al diálogo con ella.

De este estar *simpliciter* ante Dios, el hombre ha salido por el pecado. Aún así, Dios no le ha sacado la posibilidad incondicional de "entrar" libremente en este espacio, sino que más bien en Cristo la ha restaurada totalmente. San Benito es consciente de que este espacio es sobre todo interior, aunque el espacio del oratorio nos educa para descubrirlo en nosotros y entre nosotros. De hecho, después de pedir que el hermano que desea orar "simpliciter entre y ore", añade: "no alzando la voz, sino con lágrimas y el deseo del corazón – *in lacrimis et intentione cordis*" (52,4). No es necesario subrayar artificialmente la naturaleza profunda de nuestra libertad, que es ya grito desde lo más profundo de nuestro corazón, desde el deseo que nuestro corazón es, especialmente cuando prueba su propia miseria, la profunda tristeza de estar solo y abandonado porque ha abandonado a Dios. Las lágrimas del corazón son simples y profundas como las de Adán; mejor aún: como las lágrimas de un niño a quien falta su madre.

El Salmo 101 dice que Dios desde el cielo se inclina "para escuchar los gemidos de los cautivos y librar a los condenados a muerte" (Sal 101,21). La escucha de Dios a nuestra oración, que quizás sea sólo un gemido, un suspiro, es un espacio de liberación, una posibilidad de ser libre, aunque seamos prisioneros de cualquier limitación de nuestra libertad. Si fuéramos verdaderamente conscientes de que la oración es un espacio de verdadera libertad, en el que nuestra libertad se activa, o tal vez renace, no "apuraríamos" nuestras oraciones tan rápidamente, como para liberarnos de un molesto deber. Querriamos más bien rezar siempre, porque el hombre por naturaleza está hecho para ser siempre libre. Adán no entendió que Dios le dio la libertad de *pedirlo* todo, no de *tomarlo* todo. Porque al tomar, la libertad se reduce a la posesión, se cierra en lo que se posee, mientras que al pedirla, la libertad se expande y permanece abierta en la acogida del don, y por lo tanto en la gratitud, porque Dios nunca pone límites a los dones de su gratuidad.

El cuerpo del Espíritu

Si hay esta alma, si permitimos que Cristo libere nuestro grito al Padre, entonces la carne también resucita, entonces el cuerpo también resucita.

“Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre [lo que implica que Jesús siempre pide]; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar.» (Jn 11,41-44)

El fruto de la oración que pide el Espíritu al Padre es la vida del cuerpo, la carne que retoma la vida, la carne liberada de la muerte, aunque permaneciendo atada por la condición terrenal, “las vendas”, que otros deben ayudarnos a aflojar.

La vida de la Iglesia, y nuestra vida en la Iglesia, es el evento siempre renovado del Espíritu de Dios que viene a dar vida a la carne humana, a la carne de nuestra humanidad, herida y muerta por el pecado y por sus consecuencias en nosotros y en el mundo entero. Cristo se encarnó para mostrarnos cómo la carne humana puede convertirse, por así decirlo, en el cuerpo del Espíritu Santo. ¿Qué es Pentecostés sino la animación de un cuerpo eclesial en el que el Espíritu de Dios realiza la presencia de Cristo en el mundo? Y es nuestra carne la que el Espíritu toma y anima para hacerla el Cuerpo encarnado de Cristo. Como sucedió en María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (Lc 1,35).

Es un misterio que no podemos entender, pero que estamos llamados a vivir, a dejar que ocurra en nosotros y entre nosotros como con la Virgen. El misterio cristiano sólo puede entenderse experimentándolo, porque no es una idea sino un acontecimiento. Ante la crisis humana general, es más: *dentro* de ella, como ante el rostro de aquel joven que lloraba en el tren, la urgencia, junto con el grito de nuestra libertad impotente al Padre omnipotente, es que se produzca una renovada presencia de Dios en la carne del mundo, que el Espíritu Santo vuelva a animar al Cuerpo de Cristo para decirle a Lázaro que salga de la muerte y para *tocar* el ataúd del hijo de la viuda de Naín y hacerlo resucitar (cf. Lc 7,14).

Esta es la gracia y la urgencia de y en la Iglesia, desde Pentecostés en adelante: convertirse en un Cuerpo animado por el Espíritu Santo, como Jesús en María. Se trata de dar cuerpo al Paráclito, es decir, al Consolador. Por eso, ante las lágrimas de la humanidad, la posición más verdadera es la oración en el Cenáculo, pero también el salir a la plaza para anunciar al Resucitado, llevando al mundo, con la voz y las obras, el aliento del Espíritu que hace presente al Dios-con-nosotros.

Encarnando el encuentro con Cristo

¿Qué encarna el Espíritu en nuestra humanidad, compuesta de personas, de vida cotidiana y social? ¿Qué encarna el Paráclito en nuestro cuerpo, en nuestra voz, en nuestra mirada? Encarna el encuentro con Cristo, la presencia de Jesús que va al encuentro de cada hombre, que entra en relación con la humanidad respondiendo a todos los deseos de cada corazón.

Jesús realizó milagros de todo tipo, pero todo tipo de curación o liberación del diablo satisfizo el corazón de las personas no tanto o no sólo con la salud o el bienestar encontrados, o incluso con la vida resucitada, sino siempre y sólo con el encuentro con el propio Cristo, con la luz de su Rostro. Los nueve leprosos que no volvieron a Jesús se contentaron con la curación de la lepra. Sólo uno comprendió que su corazón no sólo buscaba esta curación, sino el Rostro de aquel Hombre que había encontrado (cf. Lc 17,11-19).

Cuando el Espíritu Paráclito da vida a la Iglesia, lo hace transformando el grupo de personas presentes en el Cenáculo en un cuerpo que permite a todos encontrar a Cristo. El Espíritu transfigura nuestros rostros en el Rostro de Cristo, para que también a través de nuestra miserable carne Jesús responda al deseo de sentido y belleza que arde en el corazón de cada ser humano, en cada situación personal, social y cultural en la que se encuentra; que arde incluso bajo las cenizas de la mundanidad que hoy nos hace tan distraídos de nuestro verdadero deseo.

El Adviento y la Navidad nos ayudan a recordar que la Anunciación nunca debe dissociarse de la Visitación, porque Dios se encarna en nosotros para convertirse en la sustancia y la alegría de todo encuentro humano. "Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!" (Lc 1,41-42). El Espíritu nos es dado para realizar entre nosotros la comunión que Él es en la Trinidad. El Cuerpo de la Iglesia está formado por el Paráclito para que cada hombre pueda encontrar y hacer que los demás encuentren a Jesucristo, y en Él al Padre. La fraternidad, a la que el Papa Francisco nos llama intensamente con el camino de conciencia y conversión que ilustra en la Encíclica *Fratelli tutti*, es la realización dentro de nosotros y entre nosotros, y con todos, de este misterio. Si nuestra vida cristiana y la vida de nuestras comunidades no sirve a esto, no forma esto, significa que no están animadas por el Espíritu de Cristo, sino por el espíritu del mundo, que siempre está orgulloso y encerrado en sí mismo, incluso cuando piensa que es generoso y útil para todos.

Sin el encuentro con Jesús no hay consuelo, porque sin Él el corazón permanece solo, desprovisto de sentido y de amor. Por eso es importante que, en este tiempo de la historia, tan confuso y lleno de angustia, vivamos el Adviento y la Navidad escuchando, también para el bien de toda la humanidad, la invitación que el mismo Jesús nos dirige para acoger su venida con certeza de fe: "¡Levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación!" (Lc 21,28)

¡Que la alegría navideña de poder encontrar siempre a Jesús ilumine nuestra mirada sobre todos y todo y nos haga cada vez más unidos en torno a Él!

¡Feliz y Santa Navidad a todos!



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori, Abad General OCist